

TODOS LOS NUESTROS DIAS PARA MÍ

B

Hola, me llamo Ankira y vivo en un lugar en el que sólo hay arena, sol y cielo. ¿Lo adivináis? Sí, el desierto. La vida aquí, en el Sahara, es muy dura ya que nos cuesta mucho encontrar alimentos y elementos que nos ayuden a sobrevivir. Desde pequeña vivo en un Campamento de Refugiados llamado Smara. Recuerdo perfectamente mi infancia, como si fuera ayer.

Yo nací al sudeste del Sahara, un lugar no muy apropiado para un bebé que digamos. Crecí sana y fuerte, bueno muy fuerte no, porque tampoco teníamos mucho que comer y no disponíamos de todo lo que necesitábamos, y aunque vivía en un sitio en el que había mucha necesidad, estaba muy orgullosa de estar allí.

Tenía una amiga, ^{Sam} Samara, con la que jugaba todos los días bajo la luz del sol, a falta de otra cosa mejor que hacer. Aquí en el desierto no tenemos ordenadores, móviles o televisores. Pero lo que sí que tenemos es muchos amigos con los que pasar el rato. Bueno, como iba diciendo, mi amiga y yo echábamos carreras, solo por diversión.

Llegó el año en que cumplía los diez y yo estaba feliz. Era en el mes de Junio y aunque ningún año me regalaban nada, ese día me aguardaba una sorpresa.

Iría a España para pasar allí el verano. Todo sería nuevo para mí y estaba nerviosa. ¿Qué me encontraría allí? No tenía respuesta a ninguna de las miles de preguntas que me hacía. Cogí simplemente tres vestidos y dos pares de sandalias para pasar los meses siguientes en Segovia.

Segovia. ¿Qué me importaba a mí dónde estaba Segovia, si lo único que yo quería era estar al lado de mi familia y de Samara? No me apetecía ir allí sola sin saber lo que me iba a encontrar. Salí corriendo a buscar a mi mejor amiga para comentarle lo ocurrido.

- Sarama, oye- dije recuperando el aliento- este verano me mandan a Segovia y no voy a poder estar aquí.

- Ankira, yo también me voy a... ¿Cómo se llamaba? ¡Ah sí!, a Madrid.

- Vaya, que coincidencia- respondí excitada- eso quiere decir que no nos veremos en algunos meses. ¡Oh, te echaré de menos!

- Y yo a ti- me dijo abrazándome.

Y las dos lloramos un ratito. Y es que eso de estar solas en un lugar desconocido no nos hacía ninguna gracia, ni a ella ni a mí.

Seguimos así de tristes los días siguientes, hasta que un día nuestras madres nos llamaron para coger nuestro pequeño equipaje e ir hasta el aeropuerto.

Allí, las dos nos despedimos, pues teníamos que ir en diferente avión.

El viaje fue muy pesado. Me dolía la espalda y no podía dormir, ya que estaba muy nerviosa y asustada. Y por fin, llegué. Me llevaron con tres personas.

- Hola, Ankira- me saludó la que parecía ser la madre- yo soy Olga, éste es Héctor (dijo refiriéndose al supuesto padre) y esta es María, que tiene diez años, como tú. Te queremos decir que eres bienvenida aquí.

Yo no entendía nada de lo que me decían y permanecí callada.

Parecían ser muy amables conmigo. Al llegar a casa me enseñaron mi habitación. Era pequeña pero acogedora, con un toque de tomillo en el ambiente. Todo estaba a oscuras.

Pero de repente se oyó un "click" y se encendió la luz. Recuerdo cómo me sorprendí y a la vez me asusté. Pero Olga me explicó que allí había una cosa llamada electricidad que servía para que en todas las casas hubiera luz al hacerse de noche. Yo asentí. Aquello era raro.

¿Qué otras sorpresas me esperarían?

A la mañana siguiente, nos levantamos muy pronto. Héctor me dijo que nos íbamos a hacer una excursión al campo. Cogimos el coche. Yo al principio me mareaba ya que no estaba acostumbrada a viajar. Al llegar, me sorprendió respirar aire fresco. Corrí tanto como pude.

Me sentía aliviada de haber bajado del coche. Me tiré a la hierba y olí las flores. Era muy diferente al sitio donde vivía. Rodé por el suelo y sin querer, me caí al río. Río. Agua. Estaba metida en el agua. Bebí feliz, sin percatarme de la suciedad que podía tener. Entonces vi algo que se movía en el fondo. Metí la cabeza y no pude cogerlo, pues era muy escurridizo. Era un pez. Un pez rojo con tonos anaranjados. Nunca había visto ese animal. Divisé al otro lado algo verde con ojos rojos. Como la vez anterior, intenté coger al animal.

- No Ankira, no lo cojas- gritó una voz a mis espaldas. Era Héctor. Y más tranquilo me dijo- mira, es un sapo y los sapos no se deben coger. ¿Entendido?

Le miré sorprendida. A mí ese animal me parecía muy curioso.

Entonces, pensé en Sarama. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Estaría pensando en mí también? Suspiré. La echaba de menos. Echaba de menos a mi familia. Echaba de menos mi hogar. Y sin querer, una lágrima rodó por mi mejilla. Rápidamente, me la sequé. No quería que me vieran llorar.

Cuando terminamos la excursión fuimos al supermercado. Era enorme. Teníamos que comprar las cosas para la cena. Entonces vi algo que me sorprendió: unos aparatos en los que se veían imágenes que yo no sabía de dónde salían. Me acerqué corriendo, pues poco a poco aumentaba mi curiosidad. Me entretuve mucho observando cómo se movían las figuras que aparecían allí y cuando me quise dar cuenta, me había despistado de Olga y Héctor. ¿Dónde estarían ahora? Tan grande y laberíntica era aquella tienda, que tardaría horas en encontrarlos. Pensé que lo mejor sería ir investigando. Corrí y corrí asustada. Entonces decidí volver al sitio anterior. Y esperé. Y esperé. Hasta que alguien me recogió. Más tarde me enteré de que habían anunciado mi pérdida por un megáfono.

Fue uno de los encargados de la tienda el que me recogió. Me dio la mano y yo le seguí. Allí estaban esperándome Olga y Héctor. Nada más verme me abrazaron.

- Oh cariño- dijo Olga cogiéndome en brazos- que sea la última vez que te vas por ahí sin pedir permiso. Estábamos preocupados por ti.

- Muchas gracias señor- le dijo Héctor al dependiente tendiéndole la mano.

- No hay de qué- respondió el señor dándose la vuelta y despidiéndose con la mano. Y antes de irse, me guiñó un ojo.

Luego compramos y no me separé de ellos en todo el rato.

Tras cenar unos deliciosos tallarines, que comía por primera vez, me mandaron ir a la cama.

Pero antes de acostarme, Olga nos leyó un cuento a María y a mí. Luego nos fuimos a dormir.

- Que duermas bien tesoro- me dijo Olga dándome un beso- Vamos María.

Y las dos salieron de mi habitación y apagaron la luz. Yo me quedé a oscuras, como la primera vez que entré allí. En esa cama se estaba realmente cómoda. Entonces cerré los ojos y pensé en Samara y en mi familia. Les echaba muchísimo de menos. Y sin enterarme, me quedé dormida.

Me desperté a media noche. Me sentía mal. Tenía dolor de cabeza y me dolía la tripa.

Entonces, cautelosamente, abrí la puerta del cuarto de Olga y Héctor.

- ¿Eh, quién es?- murmuró Olga despertándose

Yo señalaba la barriga y la cabeza.

Olga se levantó y se puso su bata a cuadros. Me cogió de la mano y me llevó al baño. Me puso un aparato llamado termómetro y comprobó que tenía treinta y nueve de fiebre. Con cuidado para no despertar a los demás, sacó de un armario un botecito que contenía un líquido y me lo introdujo en la boca con una jeringuilla. Sabía a naranja.

Yo la miré extrañada y ella, que se dio cuenta me explicó:

- Se llama jarabe y sirve para aliviar los síntomas de la enfermedad que padeces. Seguramente te ha afectado el chapuzón que te diste en el río. Ahora a la cama y a esperar a que haga efecto.

Me metí de nuevo en la cama e intenté dormir. Estuve pensando un buen rato en los medios que aquí tenían. Todo era muy fácil.

Pasaron algunos días y poco a poco empecé a entender lo que me decían. Dicen que aprendemos muy rápido y es verdad.

Pasado un mes, ya me sentía más a gusto allí. Entendía mejor el español y empezaba a conocer las costumbres de Segovia. Pero el tiempo pasaba rápido. Justo un día antes de irme fuimos a un sitio especial, un parque de atracciones. Al principio pregunté indecisa; ¿un parque de atracciones? Como en Segovia no había ninguno, tuvimos que viajar hasta Madrid.

Me monté en muchas atracciones pero poco a poco sentía que la tristeza iba inundando mi corazón. Echaba de menos mi hogar y todo lo que había dejado atrás. Por otro lado, también quería mucho a los que me habían acogido. Sin pensar más en ello, intenté disfrutar lo más que pude, pues comprendí que todo eso no lo había en mi país. Aproveché todo el tiempo para estar con Olga, Héctor y María. Inevitablemente, todo tiene su fin. La experiencia de estar en un mundo nuevo, acabó muy pronto. Habían sido dos meses. Dos meses de aprendizaje. Dos meses de cosas nuevas. Dos meses inolvidables. Pero volvía a mi desierto querido con mi familia y amigos. Poder jugar de nuevo con Samara sobre las ardientes arenas del desierto llenaba de gozo mi corazón. Y al pensar en cosas de esas, la tristeza se fue yendo.

A las ocho de la tarde, Héctor me llevó al aeropuerto. Bajamos del coche y entramos.

Me uní al grupo de niños que me estaban esperando junto a un monitor. Y entre ellos distinguí a mi amiga del alma: a Samara. Corrí hacia ella y ella hacia mí. Y las dos nos dimos un abrazo lleno de recuerdos.

De pronto, me di la vuelta y eché a correr hacia atrás. Había olvidado una cosa. Salté sobre Héctor y éste me dio un beso en la mejilla.

- Gracias. - le dije con los ojos húmedos- Os echaré de menos.

- Y nosotros a ti- me respondió bajándome- Y ahora vamos antes de que salga el avión.

Fui corriendo. Pero antes de llegar, me di la vuelta y me despedí con la mano.

Como la primera vez, viajar en avión fue muy pesado. Pero volvía a casa y esa alegría no me la quitaba nadie.

Samara y yo juntas, contándonos experiencias y disgustos la una a la otra. Y así llegamos a casa. Mi madre me estaba esperando con los brazos abiertos. En esos momentos yo era la persona más feliz del mundo. Y comprendí que aquí, en mi hogar, estaba mejor que en ningún otro sitio.

Los dos años siguientes volví a Segovia, a casa de Olga y Héctor y seguí aprendiendo cosas nuevas. Y no pude volver más porque tenía más de doce años. Pero ellos me visitaron varias veces.

Bueno, y esta es la historia. Ahora yo sigo viviendo en el desierto pero, una vez al año, visito a Héctor y a Olga que me reciben con gran alegría. María ya trabaja y no la he vuelto a ver. Pero recordad una cosa: no hay nada mejor que el amor de una madre.

